

**HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA DE APERTURA DEL
CONGRESO INTERNACIONAL AVILISTA**

Santa Iglesia Catedral

Baeza, 11 febrero 2020

1. En primer lugar, saludo fraternamente a los señores Arzobispos y Obispos aquí congregados, a los sacerdotes y diáconos, y a todos cuantos participan en el Congreso Internacional sobre el presbítero del siglo XXI a la luz del magisterio de San Juan de Ávila, que se abre con esa solemne celebración eucarística.

Este saludo se torna agradecimiento para Mons. Amadeo Rodríguez Magro, obispo de Jaén, por su cordial invitación para presidir la apertura de este Congreso Internacional con esta solemne Eucaristía y la posterior conferencia.

A todos los presentes les expreso mis mejores deseos en Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, con la convicción de que los trabajos de estos días ayudarán a profundizar en la riqueza del ministerio sacerdotal que, para el bien del pueblo santo de Dios, el Señor quiso instituir en su Iglesia.

2. Cuenta fray Diego de Yepes, en la biografía que escribió de Santa Teresa de Jesús, que estando la Santa en Toledo, le llegó la noticia de la muerte del padre Juan de Ávila, a quien no conoció personalmente sino únicamente por carta. Su reacción fue echarse a llorar “*con grande sentimiento y fatiga*”. Sus acompañantes, que sabían que no había llorado cuando murió su hermano, le dijeron que no se afligiera, porque el Santo Maestro se habría ido a gozar de Dios. A lo que Santa Teresa respondió: “*De eso estoy yo muy cierta, mas lo que me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna, y muchas almas un gran amparo, que tenían en él, que la mía, aun con estar tan lejos, le tenía por esta causa obligación*”¹.

El tránsito de este mundo al Padre le llegó a San Juan de Ávila el 10 de mayo de 1569, y nosotros, hoy, nos reunimos en esta Catedral, donde él predicó, para celebrar la Eucaristía, de la que tan devoto fue el Apóstol de Andalucía. Nos reunimos, convocados por el Señor, para venerar su memoria y dar gracias a Dios por el fecundo magisterio del que con razón fue llamado ya en su tiempo *el Maestro*, magisterio que sin duda alguna puede seguir iluminando la vida de los sacerdotes en el siglo XXI, como pretende evidenciar el congreso que inauguramos con esta solemne celebración eucarística.

Lo mismo que quienes vieron las desconsoladas lágrimas de Santa Teresa, así también nosotros podemos preguntarnos quién fue, quién es Juan de Ávila. Para responder a esta pregunta conviene no olvidar que, en su época, mientras muchos veían el sacerdocio como una buena carrera, él dejó a un lado honores, prestigio, prebendas –

¹ Fr. Diego de Yepes, *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús*, Lisboa 1616, 731 (libro III, cap. 25).

como la canonjía magistral de la catedral de Jaén-, y también prelacías –como el obispado de Segovia, el arzobispado de Granada y el cardenalato-, para retirarse sencillamente a Montilla y morir sobre un pobre jergón, legando como únicos bienes una pobre cruz de palo, unos cuantos libros y un riquísimo magisterio en el que la palabra y el testimonio se unen en perfecta y armoniosa coherencia de vida. Preguntémonos qué atracción tenía este descendiente de judeoconvertos, con lo que eso significaba en la España de entonces, para cautivar la voluntad de la gran nobleza de Andalucía y de los cristianos viejos de antaño. ¿Cuál es el misterio que encierra la vida de Juan de Ávila? Ese misterio tiene un nombre: Jesucristo.

Cristo, y nada más que el amor a Cristo, fue el sentido último y fundamental de la vida y el fecundo apostolado de San Juan de Ávila. A él mismo se le pueden aplicar las palabra que escribió en su *Tratado sobre el sacerdocio*: el apóstol debe “*tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo, que le coma el corazón*”².

3. Las lecturas de su memoria litúrgica, que acabamos de proclamar, nos ayudan a contemplar con admiración y agradecimiento la figura de este egregio pastor y sugieren que la mejor definición que de Juan de Ávila se puede hacer es decir que fue un fiel trasunto de Cristo, Buen Pastor. De ese Cristo que, en el texto de San Juan que hemos escuchado, se presentaba como el buen pastor, que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas; el mismo pastor que lleva hasta la cruz

² *Tratado sobre el sacerdocio*, n. 39: *Obra Completas* [OC], 1, Madrid 2000, 941.

su amor por aquellas ovejas que se le han entregado, que es capaz de dar la vida por ellas.

Cada vez que nos acercamos al oficio de la Iglesia para orar con ella en la fiesta de un pastor, la liturgia de las horas nos ofrece el texto de la primera carta de Pedro que también hemos escuchado hoy. Tres recomendaciones hace el apóstol a los presbíteros. San Juan de Ávila las vivió de una manera tan modélica. A nosotros, sacerdotes del siglo XXI, nos tienen que servir de brújula.

3.1. La primera recomendación que nos dirige San Pedro hace referencia a un modo concreto de ejercer el pastoreo: apacentar a las ovejas que el Señor pone a nuestro cuidado nunca se tiene que hacer de manera despótica e inmisericorde, sino con la autoridad moral que se impone por sí misma porque es transparencia del modo con que Cristo se nos presenta como el Buen Pastor, modelo de todos los pastores.

Los sacerdotes jamás podemos olvidar que somos ministros de Cristo, que no ha venido a ser servido sino a servir hasta dar la vida en rescate por todos³. La humildad y la sencillez en las relaciones con los miembros del pueblo de Dios que el Señor nos encomienda es una condición imprescindible para empatizar con ellos, para que descubran que somos sacerdotes según el corazón de ese Cristo que dijo de sí mismo que era manso y humilde de corazón. Consciente de ello, escribió con acierto San Juan de Ávila en un sermón: *“Olvidad la majestad y superioridad, y haceos humildes... si no queréis que huyan de vos las ovejas y que osen llegar a descubriros sus llagas”*⁴.

³ Mc 10,45.

⁴ *Sermón 33*, 21: OC, 3, Madrid 2002, 415.

San Juan de Ávila ejercía un apostolado personalizado unido a un magisterio fecundo, y lo hacía “*in vinculis charitatis*”, atrayendo a los fieles con los lazos de su caridad pastoral, nunca como un controlador exigente de sus dirigidos, actitud tan en boga entonces y siempre, y que otro contemporáneo suyo, San Juan de la Cruz, criticaría tanto. En su biografía de San Juan de Ávila, fray Luis de León escribió lo siguiente sobre este talante pastoral del Apóstol de Andalucía: “*Pues siendo este cebo de amor un medio tan eficaz para cazar las ánimas, no era razón que a este nuestro cazador, y tan solícito imitador del Apóstol, faltase ese mismo cebo. Y lo que de esto puedo, en suma, decir es que no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina o con la grandeza de su caridad y amor, acompañado de buenas obras, que a todos mostraba. Porque así los amaba y así se acomodaba a las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciéndose, como dice el apóstol, todo a todos para ayudar a todos. Consolaba a los tristes, esforzaba a los flacos, animaba a los fuertes, socorría a los tentados, enseñaba a los ignorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar a los caídos, mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas, no con ira, sino con espíritu de mansedumbre*”⁵.

3.2. En segundo lugar, San Pedro nos advierte que debemos ejercer el ministerio sacerdotal “*no por sórdida ganancia, sino con generosidad*”⁶. La recomendación del apóstol no es sino un eco

⁵ Luis de Granada – Luis Muñoz, *Vidas del padre Maestro Juan de Ávila*. Ed. de Luis Sala Balust, Barcelona 1964, 41 (c. 2, § 4).

⁶ 1 Pe 5,2.

precioso de las instrucciones que Jesús dio a sus discípulos, cuando los envió a la misión del reino y les dijo: “*No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas cada uno*”⁷.

Los predicadores evangélicos siempre se han destacado por poner su confianza en la providencia del Maestro, que los envía. Y por ello, nos conviene recordar también que una nota que singularizó el apostolado de San Juan de Ávila fue su extrema austeridad y el amor a la pobreza que siempre demostró. Fue ministro de Cristo, sumo y eterno sacerdote, de ese Cristo que “*siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*”⁸. El licenciado Muñoz, biógrafo también del patrono del clero español, subrayó también esta característica tan marcada en la vida y el apostolado del Santo Maestro, desde su infancia, donde era reconocida su caridad para con los pobres, hasta el gesto de vender los bienes heredados de sus padres y repartir lo obtenido entre los necesitados, hasta la manifiesta austeridad con que vivió hasta el final de su vida. Escribió el licenciado Muñoz: “*todo el tiempo que vivió, ni poseyó nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; mas antes, siendo pobre, remedió a muchos pobres*”⁹. Y con frecuencia, el licenciado Muñoz trae a colación en su biografía este aspecto importante de la vida del Apóstol de Andalucía: “*El santo maestro Ávila, verdadero discípulo de Cristo fue varón verdaderamente pobre, y digno por esta virtud, de admiración, aun en los siglos apostólicos*”¹⁰.

⁷ Lc 9,3.

⁸ 2Cor 8,9.

⁹ Luis de Granada – Luis Muñoz, *Vidas del padre Maestro Juan de Ávila*, 169 (lib. I, c. 5).

¹⁰ *Ibid.*, 419-420 (lib. III, cap. 4).

No es exageración. Los biógrafos nos hablan de su austeridad, de su pobre vestido, de la desnudez de su casa, que era reflejo nítido de la libertad de su alma, volcada totalmente en el apostolado.

Los sacerdotes podemos encontrar hoy dificultades para vivir con desapego material nuestro ministerio. El consumismo y el materialismo de la sociedad en que nos ha tocado vivir también nos afectan, mundanizando en ocasiones nuestra propia espiritualidad, como repite con frecuencia el Papa Francisco. Es también el actual Pontífice el que no sólo nos predica con el ejemplo de su vida austera, sino que repite con insistencia que para ser auténticos discípulos misioneros de Jesucristo hay que apartarse de los bienes materiales, ya que el apego a ellos nos alejaría de los pobres, que deben ser un objetivo prioritario de nuestra misión apostólica. Escribía así el Papa Francisco, siendo arzobispo de Buenos Aires, a los sacerdotes: *“Nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo sin verdadera incidencia en nuestros compartimientos y en nuestras decisiones... En el seguimiento de Jesucristo aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida”*¹¹.

3.3. Finalmente, el apóstol San Pedro nos invita a pastorear al pueblo de Dios, *“no como déspotas, sino convirtiéndoos en modelos del*

¹¹ V Encuentro Nacional de Sacerdotes, 11.09.2008.

rebaño”¹². Nos puede resultar difícil, incluso nos puede parecer imposible, que hoy los sacerdotes seamos modelos de referencia para los demás, cuando vivimos momentos en que, como sabéis, la imagen del sacerdocio es erosionada por ataques coordinados desde fuera de la Iglesia, pero también, por qué no reconocerlo, por la falta de testimonio de autenticidad sacerdotal que algunos hermanos nuestros han dado, y que han dañado gravemente la credibilidad de los sacerdotes. Y, sin embargo, precisamente por la dificultad para vivir el ministerio que nos deparan estos tiempos que nos ha tocado vivir, debemos aceptar el reto que supone crecer en fidelidad a Jesucristo para hermoear a su Iglesia con el testimonio de una vida santa. Porque de eso se trata: de ser testigos. Lo que necesita nuestro mundo son testigos, testigos del Dios vivo, que con su vida y su palabra transparenten y hagan presente el pastoreo de Cristo, el único y Buen Pastor. De nada nos sirven a los sacerdotes posturas de superioridad sobre los demás, pues nos alejan del espíritu de servicio que debe marcar nuestro ministerio a favor del pueblo santo de Dios.

Por ello, podríamos preguntarnos cómo nos ven los demás: si como servidores auténticos del Evangelio, o como pretendidos maestros que con un cierto talante de superioridad difícilmente pueden ofrecer un testimonio creíble y atrayente. No se trata de adoptar una estrategia mundana, sino de transmitir con humildad nuestra propia vivencia con Cristo. En tiempos de renovación, como la hora presente, recordemos que San Juan de Ávila decía que el castigo era un método

¹² 1Pe 5,3.

equivocado de reforma; sólo la renovación interior cambia y renueva realmente a las personas y a las estructuras eclesiales.

4. Puede ser que a la luz de las lecturas y del ejemplo de San Juan de Ávila, se nos antoje que el ideal del ministerio que intentamos vivir es demasiado sublime o elevado, por no decir inalcanzable. No seamos pesimistas. El Santo Maestro nos alienta hoy a nosotros, con su vida y su obra, y nos invita a la confianza en el Señor, a esa confianza que para él nacía de la oración fervorosa y constante, que definió como “*un trato muy familiar con Dios, un admitirnos Dios a su conversación como amigos suyos*”¹³. Alguien escribió que San Juan de Ávila merecería llamarse “*Maestro de la confianza en el amor de Dios*”¹⁴.

5. Queridos hermanos, celebremos con auténtica devoción y religioso recogimiento la Eucaristía. Para San Juan de Ávila, este sacramento fue el mejor libro para aprender la sabiduría de la cruz. A pesar de los problemas y cansancios, unamos nuestro sacrificio al sacrificio redentor de Cristo en la cruz, actualizado sacramentalmente sobre altar, y alimentados por la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo, no dudemos nunca que Aquél que “*empezó en nosotros la obra buena, él mismo la llevará a término*”¹⁵.

La vida apostólica de San Juan de Ávila fue eminentemente eucarística. Él fue un enamorado de la Eucaristía: celebrada, adorada, vivida, predicada. Que así seamos también nosotros: ministros de la

¹³ *Plática 3ª*, 5: OC, 1, 815.

¹⁴ Mons. Juan Esqueda Bifet, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad cristiana y sacerdotal*, s.p.

¹⁵ *Ritual de Ordenaciones*.

Eucaristía que no nos cansemos de celebrarla con admiración y agradecimiento, y alimentemos con ella nuestros trabajos apostólicos.

Y junto con la Eucaristía, sabéis que San Juan de Ávila tuvo especial devoción a la Santísima Virgen, y la relacionó siempre con los sacerdotes. Somos pastores del pueblo de Dios. Pastores en el único y Buen Pastor, que es Jesucristo. Pero no olvidemos jamás que, junto al Señor, está siempre su Madre, que es también madre nuestra, Madre Sacerdotal. Qué hermoso es escuchar de labios de San Juan de Ávila que *“después de Jesucristo no ha habido otra pastora, ni hay quien así guarde las ovejas de Jesucristo... ¡La Virgen sin mancilla es nuestra pastora después de Dios”*¹⁶.

Que la protección de la Santísima Virgen y la intercesión del Santo Maestro nos alcancen la gracia y la ayuda del Señor, para que, como hemos pedido en la oración colecta de esta Misa, hoy *“crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros”*¹⁷. Amén.

Beniamino Cardenal Stella

Prefecto de la Congregación para el Clero

¹⁶ *Sermón 15, 1: OC, 3, 207.*

¹⁷ *Oración colecta de la misa de San Juan de Ávila.*